

TERCERA PARTE

LAS VINCULACIONES ENTRE PRENSA Y DISCURSOS SOCIALES. HACIA LA FORMACION DE UNA UNIDAD SOCIAL DE CARACTER POPULARISTA-AUTORITARIO

Una vez realizado el recorrido por el análisis concreto de los discursos de los periódicos y de los diferentes grupos sociales, se plantea el problema de las relaciones existentes entre ambas esferas.

La primera cuestión que llama nuestra atención es la escasa presencia de los gitanos como grupo social en la mayor parte de los discursos, la falta de alusiones directas a ellos, de una caracterización explícita, de una descripción de su situación y problemas actuales. Nada de esto parece ser un argumento relevante en la prensa ni en los discursos sociales. En el ámbito de los discursos sociales, existen fuertes resistencias para abordar el tema de la relación con los gitanos, y resulta necesaria una fuerte insistencia para que dicha cuestión se desarrolle en las discusiones de los grupos de forma clara y manifiesta.

Tampoco en la prensa se observa con suficiente claridad la presencia de los gitanos. Por lo que respecta al ámbito del conflicto analizado, datos como la clasificación predominante dentro de las páginas de información local y el hecho de que ninguno de los periódicos dedique una sola editorial al conflicto, nos hacen pensar que el tema es catalogado como una cuestión menor y subordinada a los grandes acontecimientos de la economía y la política que acaparan la actualidad periodística.

En correspondencia con su posición en la estructura social, los gitanos están en los márgenes de la información y del discurso de los medios de comunicación. Aparecen sólo parcial y esporádicamente en éstos, a través de imágenes instantáneas extremadamente esquemáticas y simplificadas de lo que puede ser su modo de vida y sus problemas, pero ni siquiera en estas breves y distorsionadas apariciones son los gitanos los sujetos activos de la información. Como podremos ver más adelante, generalmente la aparición de los

gitanos en la prensa responde más a determinadas necesidades ideológicas de la sociedad mayoritaria que a la representación de acontecimientos relevantes desde el punto de vista gitano. Las máximas condensaciones informativas se corresponden precisamente con la emergencia de conflictos de diversa índole entre vecinos payos y gitanos. Es decir que la presencia de los gitanos en la prensa no sólo es escasa y estereotipada, sino que responde en gran medida a la visión paya en momentos de conflicto en los que estalla la tensión mantenida en las relaciones entre ambos grupos sociales. Esta presencia no puede por tanto entenderse ni analizarse de forma aislada, sino que adquiere sentido en el contexto de las relaciones entre ambos grupos y es en gran medida el reflejo del estado de las mismas.

En general parece que la imagen que se presenta de los gitanos en los medios de comunicación, y en concreto en el análisis de prensa que hemos realizado, es una amalgama de algunos rasgos, características y prácticas de los gitanos observados desde fuera. Además, se tiende a una valoración e interpretación de dichos elementos desde un punto de vista payo fuertemente cargado de prejuicios, en cuya matriz interpretativa tienen un gran peso los procesos de ruptura, crisis y fragmentación interna de las relaciones sociales en el ámbito de la sociedad mayoritaria. Procesos como el deterioro del clima social de los barrios, las dificultades económicas y de integración social de sus componentes, así como el empobrecimiento y la pérdida de status que crean conflictos entre unas clases sociales y otras, parecen propiciar la búsqueda de un enemigo común que permita experimentar la unión colectiva en medio de las corrientes tendentes a la división, la tensión y la fragmentación, y que propicie a su vez la recomposición de las identidades sociales en crisis, a partir de una oposición simbólica entre el polo positivo de lo social identificado con el propio grupo, y el polo negativo que se atribuye precisamente a los gitanos, como representación de la parte residual de la sociedad.

De acuerdo con esto, y a juzgar por la información que hemos manejado, los efectos de los discursos de los medios de comunicación sobre las opiniones sociales no consisten tanto en la información que proporcionan acerca del sujeto social objeto de prejuicio, y en el carácter estereotipado y negativo de ésta, como en la tendencia a dibujar, potenciar y dar consistencia discursiva al sujeto social agente de las actitudes de prejuicio. Al analizar el material discursivo, más que con la imagen de los gitanos, nos encontramos con la mirada de los payos sobre sí mismos.

En segundo lugar, la influencia de los medios de comunicación no estriba sólo en la dimensión informativo-racional o en el plano de los contenidos, sino que es necesario que ésta aparezca unida y conectada a la estructura motivacional y las necesidades subjetivas del público receptor. Por ello en nuestro análisis de los discursos sociales hemos atendido no sólo a los contenidos discursivos sino también a los perfiles actitudinales de los diferentes grupos sociales, y en el análisis de la prensa más que a un análisis de contenidos, nos hemos orientado preferentemente hacia un análisis de los sujetos sociales implicados en la información y de las relaciones entre los mismos.

Ambas cuestiones, la construcción del sujeto social agente del prejuicio y la conexión entre la información y la estructura motivacional del público receptor, adquieren una relevancia esencial en el discurso populista-autoritario dominante en la prensa, y en el tipo de relaciones que establece con la opinión pública o los discursos sociales. Por un lado a través de la noción de *pueblo* se tenderá a generar en la sociedad mayoritaria un sentimiento de unidad colectiva que, extremando la exclusión de los sectores sociales marginales y de los gitanos y realzando determinados vínculos, espacios y rituales comunitarios; borrarán las divisiones y la desigualdad entre las clases sociales de la sociedad mayoritaria.

Por otro lado, las relaciones entre discurso periodístico y discurso social se traman de un modo especialmente sólido y sutil en virtud de la cualidad específica del fenómeno del populismo, según la cual el discurso está entrelazado inseparablemente con el campo de la acción social, se alimenta de ella e incide directamente sobre su desarrollo.

En efecto, a pesar de que el término *populismo* resulta un término vago y ambiguo, sujeto a múltiples interpretaciones en el ámbito de las ciencias sociales, tomamos aquí la definición que aporta A. Ortí, por su amplitud y su adecuación al tipo de fenómenos que revela nuestro análisis. Según esta definición, la cuestión populista se refiere a “*los procesos de movilización política de masas (inicialmente) antioligárquicos y de la identificación de individuos y grupos con mitos y símbolos comunitarios interclasistas, así como de su frecuente involución final en ocasiones aparentemente irreversible, hacia nuevas formas de reintegración social autoritaria*”⁷. Ambas cuestiones: procesos de movilización política de masas y procesos de identificación con mitos y símbolos comunitarios son las dos dimensiones que se entrecruzan en el fenómeno del populismo. Por un lado, el plano de la acción social o de los procesos de movilización política son la base viva del discurso; por otro lado, la construcción de mitos y símbolos a través del discurso, fortalece y dinamiza el movimiento político y social.

Si bien a menudo se considera que este tipo de fenómenos obedecen a momentos de transición en los que se producen cambios en el bloque político dominante, aparece una clase o fracción de clase ascendente que intenta desplazar a la élite que hasta ese momento ostentaba el poder y alcanzar una posición hegemónica, presentándose como la defensora de los intereses generales de la sociedad e integrando en un todo consistente diferentes elementos identitarios para obtener un apoyo mayoritario; hay que señalar que, en el caso aquí analizado, el fenómeno populista de Villaverde no responde tanto a un fenómeno de ascensión como de descenso social. El liderazgo de Nicanor Briceño no es ni mucho menos un liderazgo amparado por una nueva clase dominante: se trata de un líder surgido directamente del barrio, cuyo discurso más

⁷A. Ortí: “Para analizar el Populismo. Movimientos, Ideología y Discurso populistas. (El caso de Joaquín Costa: populismo agrario y populismo españolista imaginario)”. *Historia Social* n.º 2, 1988. Pág. 76.

que responder a una estrategia ofensiva de clase ascendente responde a una reacción eminentemente defensiva frente a los procesos de declive social en los que se encuentran inmersos los estratos más bajos de la clase media o la clase media baja de la periferia sur de Madrid. Es en la prensa donde este discurso populista-autoritario de carácter defensivo y orientado fundamentalmente a construir una sólida frontera en relación con el mundo de la marginación que amenaza con penetrar en el propio espacio, es tomado como base de un discurso político más consolidado y conectado con posiciones muy próximas al PP y a los intereses de los sectores más liberales y anti-intervencionistas de la burguesía.

Pero si bien el discurso populista supone el grado máximo de eficacia simbólica por sus modos específicos de interpelación en un contexto de fragmentación de los vínculos sociales como el actual, hay también otras posiciones minoritarias o discursos periféricos que aparecen también en la prensa y en los grupos de discusión. No se pueden tomar en bloque discurso periodístico ni discursos sociales para explorar las relaciones entre ambos campos sin caer en una simplificación formalista y sin obviar su concreción como discursos ideológicos, sino que es necesario, como nos proponemos a continuación, diferenciar las conexiones entre los distintos discursos ideológicos que se han localizado en el análisis de la prensa y los identificados en el análisis de la estructura social.

1. HEGEMONIA Y REFORZAMIENTO DE LA UNIDAD INTERNA DE LAS CLASES MEDIAS: POPULISMO AUTORITARIO Y DISCURSOS DISCRIMINATORIO Y SEGRACIONISTA

Si contemplamos las estructuras ideológicas y las posiciones de clase que quedan definidas en el Mapa socio-ideológico en relación con los contenidos básicos de los diferentes discursos periodísticos identificados, se puede observar que existe un área de confluencia entre lo que hemos denominado como discursos discriminatorio y segracionista producidos de forma mayoritaria en el contexto de los grupos de discusión realizados, y por otro lado el discurso populista-autoritario que resulta dominante en el análisis de la prensa.

Esta confluencia se produce a grandes rasgos en los valores y contenidos de carácter general, en torno a los cuales se va fraguando la identificación de los actores sociales de un conflicto en el que, por un lado se afianza la hegemonía moral y social de las clases medias y se vincula ésta a un proyecto político conservador, y por otro adquieren impulso y nuevas formas de legitimación los discursos de la exclusión de marginados sociales y minorías, en los que a través de su identificación sistemática con *la droga*, se tiende a la demonización y estigmatización de estos colectivos.

Sin embargo esta confluencia está lejos de ser simple, completa y simétrica. Más que de una correspondencia (que se da sólo a nivel formal), se trata

de una compleja relación en la que a partir de determinados modos de aproximación, el discurso periodístico va trazando y concretamente políticamente las actitudes básicas que se dan en una parte importante de la población. Exponemos en primer lugar estos lugares de confluencia formal, para señalar después los espacios vacíos que permanecen entre discursos periodísticos y discursos sociales, y aquellas dimensiones sintomáticas de la acción social en las que ésta se muestra incompleta y quebrada en tanto que interpretación y expresión de la realidad. En estos lugares en los que lo preconsciente y lo prediscursivo constituyen la posibilidad de construcción de nuevos sentidos, y de nuevas formas de relación con la realidad, el discurso periodístico tiende al cierre en lugar de la apertura, y lejos de buscar y profundizar en la potencia de las expresiones fragmentarias de los grupos sociales, anula y confunde éstas en la trama repetitiva de los discursos dominantes.

—La lucha contra *la droga* y la recreación emotiva del mito *pueblo*

Habría que señalar en primer lugar que, a diferencia de la debilidad que se observa en las construcciones discursivas que hemos denominado periféricas, este discurso dominante se muestra dotado de solidez, unidad, homogeneidad y coherencia interna, a la vez que de una considerable capacidad de evocación y conexión con inquietudes sociales difusas pero, al parecer, bastante generalizadas. El concepto que resulta central en esta construcción discursiva y en su articulación con la realidad social es el concepto de *droga*, que como ya hemos señalado, funciona con una doble significación.

Tanto en la prensa como en los grupos de discusión realizados, *la droga* aparece como un término cargado de sentidos que van mucho más allá de su concreción material, como una metáfora en la que se condensa con una gran intensidad la representación de la negatividad de la vida, la muerte y la degradación social. En este sentido, la lucha contra *la droga* resulta un elemento discursivo que conecta perfectamente con los temores sociales especialmente de aquellos grupos que están experimentando bien procesos de pérdida de status, bien dificultades de integración social, o que directamente viven en ambientes de violencia y fuerte deterioro de la convivencia social.

Pero por otro lado, *la droga* se define a la vez como un fenómeno material, como una estructura económica informal que produce unos elevados beneficios y que está en la base de procesos de promoción económica acelerada al margen de los modelos normalizados de relaciones laborales y de cualquier forma de contribución fiscal, en los que se considera que participan fundamentalmente colectivos sociales marginados como los gitanos, cuyo ascenso social resulta intolerable para la sociedad mayoritaria.

La droga es, en este sentido, la principal plataforma en la que se soportan los procesos de movilidad social ascendente vinculados a la desregulación de la economía, y como elemento discursivo conecta perfectamente con todos aquellos sectores que se ven perjudicados precisamente por estos procesos de

desregulación, ya sean comerciantes propietarios de pequeños establecimientos que se sienten acorralados entre la expansión de las multinacionales de las grandes superficies por un lado y por los mercadillos y los vendedores ambulantes por otro, ya sean integrantes de las clases medias funcionales que ven peligrar la estabilidad de sus puestos de trabajo o sus niveles de consumo, e incluso su acceso a unos servicios públicos de calidad; ya sean obreros de la periferia sur de Madrid afectados por la reconversión, jóvenes en paro que navegan de un trabajo a otro en el mar de la precariedad laboral y que contemplan con un marcado escepticismo sus posibilidades de integración social en la sociedad normalizada. Todos ellos se sienten afectados por la reducción de los mecanismos redistributivos de la actividad económica y la erosión de las posiciones de estabilidad social.

Estas dos dimensiones de *la droga* como condensación simbólica y como estructura económica, se entrecruzan y se refuerzan mutuamente en el contexto de un discurso moral en el que los procesos de pérdida de status de las clases medias o de expulsión o bloqueo de los mecanismos de integración económica y social de las clases bajas, junto con los procesos de promoción económica a través de la venta de drogas de algunos colectivos marginados, son interpretados como un fenómeno de inversión de las categorías básicas de la jerarquía social: lo negativo y lo corrupto asciende y tiende a ocupar los lugares superiores del orden social, y lo positivo y honorable se ve desplazado progresivamente a los lugares inferiores.

Este discurso moral está presente tanto en los discursos sociales de la discriminación y de la segregación (el primero de éstos más centrado en los efectos de *la droga* como estructura económica, el segundo más focalizado en *la droga* como metáfora de la destrucción y la muerte social) como en el discurso de Nicanor Briceño, que aparece con profusión en la prensa, en los diarios agrupados dentro del discurso populista-autoritario, como representación de la posición vecinal mayoritaria. Tanto en la prensa como en los discursos sociales, la identidad social del grupo mayoritario se va construyendo sobre la lucha o la contraposición a *la droga*, y es precisamente esta codificación moral del discurso, esta conformación del mismo en torno a la oposición entre los valores del bien y el mal absolutos, lo que permitirá la superación de las diferencias introducidas por las distintas situaciones sociales y la creación de un sentimiento de unidad colectiva que supera las barreras de clase y que se concreta en el concepto de *pueblo*.

—El pueblo como efecto verosímil de un discurso externo

A pesar de la inmediatez y el carácter directo y sin mediaciones con las que el término *pueblo* parece aludir a la colectividad, a la masa social indiferenciada y unida frente al ámbito del poder, resulta en este caso un concepto elaborado desde fuera, a través de una operación de globalización y abstracción de los diferentes sujetos concretos que se incluyen dentro de la pluralidad po-

pular, realizada desde una perspectiva ajena y externa a todos ellos. El *pueblo* surge a partir de ser nombrado como tal desde un discurso que sin emanar de éste, pretende sin embargo colocarse en su lugar e interpretarlo como sujeto.

Este discurso externo pero que se pretende pegado al pueblo y emanado directamente de él no es otro que el discurso de la prensa, y en concreto el discurso populista-autoritario identificado en el análisis realizado. Es en la prensa y no en los grupos sociales donde se utiliza el término *pueblo*, se identifica éste con el colectivo vecinal liderado por Nicanor Briceño, y se le caracteriza con los atributos de las relaciones horizontales, espontáneas y afectivas, y la lucha altruista en defensa de la comunidad.

Al igual que *la droga*, *el pueblo* es un concepto que se define a caballo entre el plano de lo material y el plano de lo simbólico. Por una parte se corresponde con un colectivo social concreto, y por otro lado más allá de esta concreción material, es el arquetipo y el continente de todo un conjunto de virtudes sociales opuestas a “la droga-encarnación-de-todo-lo-negativo”. Esta localización intermedia entre el campo de lo material y el de lo simbólico es lo que confiere mayor fuerza al concepto, ya que no sólo cumple una función descriptiva o representativa, sino que está también dotado de un poder evocativo que contribuye a la movilización social, exaltando determinados mecanismos motivacionales de la subjetividad colectiva.

Pero junto a esta dimensión moral, en el concepto de pueblo se contiene también una oposición de carácter político en la que resulta central la figura de *los políticos* como principal sujeto antagonista. Frente a un retrato *del pueblo* basado en los vínculos de carácter afectivo y desinteresado, la unión primaria, los valores familiares, la persecución de intereses altruistas basados exclusivamente en el mantenimiento de la comunidad y la salud de la misma, las relaciones espontáneas y abiertas y la calle o el barrio como espacio de esta socialidad abierta; *los políticos* representan las relaciones de poder formalizadas y jerárquicas, están completamente alejados de la calle y aislados en sus despachos de los problemas reales, carecen de todo tipo de proximidad y vínculo afectivo con *el pueblo*, sólo persiguen sus intereses corporativos e individuales y en lugar de prestar un servicio al pueblo, utilizan a éste para enriquecerse.

Esta oposición Pueblo/Políticos que es un elemento central del discurso populista-autoritario en la prensa, no se percibe con claridad en el contexto de los grupos sociales. Ni siquiera en el ámbito de las clases bajas de los barrios periféricos, donde la crítica y el descontento son mayores, se encuentra la referencia al sujeto genérico de *los políticos* en el fluir espontáneo del discurso. Aparecen con recurrencia e intensidad los problemas de la droga, al miedo ante la violencia y la delincuencia en las calles, el paro, las dificultades de integración de los jóvenes, incluso la denuncia de una política tendente a la agudización de las desigualdades sociales, acumulando la miseria en el sur y la riqueza en el norte de la ciudad; pero la responsabilidad de estos problemas no

se atribuye de forma global y sistemática a *los políticos* como ente específico y aislado. La interpretación de las inquietudes populares y su vinculación con determinadas opciones políticas serán por tanto las funciones fundamentales del discurso de la prensa, que se desarrollarán de forma simultánea y circular como mostramos a continuación.

–El pueblo contra los políticos, o la codificación política de la inquietud popular en el discurso de la prensa

En el terreno de la prensa, la vinculación del concepto de pueblo a un discurso político determinado va a realizarse siguiendo dos líneas que se diferencian en función del grado de aproximación al campo de las motivaciones sociales básicas. Siguiendo a A. Ortí⁸ en sus consideraciones sobre el populismo, observamos que dentro del fenómeno populista se entrecruzan por un lado una ideología populista básica que emanaría directamente de la colectividad y que consistiría en las expresiones del comunitarismo fraternal, y por otro lado un discurso retórico populista que es una proyección de esta ideología básica, pero que supone una vehiculación instrumental de la misma a través de la manipulación de los mecanismos motivacionales profundos inherentes en toda ideología populista básica.

En nuestro análisis, la prensa es el agente fundamental en el desarrollo del discurso retórico populista, mientras que los elementos de la ideología básica populista se producen en el contexto social de los participantes en la protesta. Si profundizamos un poco en la estructura motivacional y los principales contenidos discursivos que pone en evidencia el análisis de los grupos de discusión realizados, podemos observar que esta relación entre ideología básica y discurso retórico no se da solamente entre la base social de la protesta de Villaverde y el relato de la prensa, sino que también desde una perspectiva más general, parece que son las clases bajas que se encuentran en la zona de vulnerabilidad social más intensa y afectadas por fuertes procesos de pérdida de status y deterioro de la convivencia, las portadoras de los elementos de la ideología populista básica. Estas clases bajas extraen de su propia experiencia los elementos ideológicos que tienen por tanto un elevado grado de realismo y capacidad de conectar con los sentimientos colectivos, mientras que las clases medias construyen un discurso retórico populista, apelando a estos elementos y sentimientos del populismo básico, pero direccionándolos a la defensa de sus intereses. Es decir, en nuestro caso, el discurso retórico populista consiste en una reconstrucción de los vínculos comunitarios cuyo eje es el restablecimiento y afianzamiento de las posiciones centrales de la clase media⁹.

⁸Op. Cit.

⁹Esto resulta perfectamente claro en el discurso desarrollado por los pequeños comerciantes, donde la reivindicación nostálgica de la recuperación de las relaciones “familiares” con la clientela se presenta como una búsqueda del restablecimiento de la comunidad, a la vez que es la clave para la defensa de los intereses corporativos de esta clase social.

En lo que se refiere al discurso de la prensa, la línea que representa el diario "El Mundo", se caracteriza por el elevado grado de confusión con el que se mezclan discurso básico y discurso retórico. "El Mundo" pretende ser la voz del *pueblo*, disolver su distancia con él. La oposición Pueblo/Políticos que articula el discurso político no se presenta como un enfrentamiento de carácter ideológico, sino que se reduce a la violencia, a un choque entre fuerzas desiguales cuerpo a cuerpo. Es más, se tiende a ocultar la dimensión ideológica o política de los enfrentamientos (no se concede importancia a los acuerdos con la Administración, siempre están por encima los enfrentamientos con la policía), y además, se tiende a ocultar la propia posición política a través de una aparente alternancia de apoyos y críticas a los diferentes partidos políticos, que finalmente se desvela como una crítica al PSOE y un apoyo al PP. El PSOE aparece como el fundamental opositor al colectivo vecinal insurgente, mientras que el PP parece más bien un opositor al chabolismo como "lacra social", y si bien al principio se critica la postura del PP, se acabará por alinearlo al lado de los vecinos de Briceño y de las tesis que al final resultan triunfantes en la resolución del conflicto: filtro de los realojos, vigilancia policial, etc.

Ideológicamente se concibe la lucha contra *la droga* como una lucha en demanda de seguridad ciudadana, y en demanda de una represión bien dirigida hacia abajo. La política social queda en un segundo plano y lo principal es la vigilancia policial. Pero más que afianzar las barreras entre integrados y excluidos, lo que importa sobre todo en "El Mundo" es movilizar a la mayor parte de población contra el gobierno. Intenta llevar toda la energía de la protesta social hacia una oposición a *los políticos*, y desdibujar las tensiones que parecen estar produciéndose entre clases bajas y sectores marginados. Se trata de un discurso que se asienta sobre los aspectos emotivos más básicos de la movilización social, y trata así de encubrir los contenidos y las orientaciones políticas que se atribuyen al descontento social.

Otra línea en la que se encuentran "Diario 16", "Ya" y "ABC", opta mucho más claramente por otorgar una filiación política al *pueblo*, que se corresponde claramente con la opción representada por el PP. La oposición Pueblo/Políticos vendría a coincidir con la oposición PP/PSOE. Desde el principio se parte de la consideración de que la protesta contra *la droga* es una demanda de discriminación, apartamiento y represión de los colectivos marginales vinculados con la misma. Son los representantes del PP los que aparecen desarrollando iniciativas en este sentido: filtraje del realojo de los chabolistas en función de antecedentes penales, erradicación del chabolismo y control de los inmigrantes, bando contra el consumo de drogas. Se considera incluso que la calle se anticipa a los representantes políticos en determinadas cuestiones como la demanda de la prohibición del consumo público de drogas, y que el PP se limita a recoger y dar forma a esta demanda popular. No se trata de un enfrentamiento esencial entre *Pueblo* y Estado, sino de una demanda del *pueblo* orientada al restablecimiento autoritario del Estado (identificación con la policía, acuerdos con la Administración sobre la base de la persecución y vigilancia de los marginados, etc). Más que la oposición al Estado, se trata de

afianzar las tendencias de división social y marginación de los sectores sociales más bajos y de oponerse a la vez al gobierno PSOE en favor de un gobierno del PP. La energía de la movilización popular no se toma en sus aspectos más intensos o más primarios –o bien se oculta la violencia o bien se critica–, sino que tiende a ser inmediatamente codificada en la racionalización política y absorbida por el Estado. Es más la dimensión moral que la dimensión afectiva del movimiento, lo que se toma como aglutinante primario. La oposición se dirige claramente hacia abajo y no hacia arriba, donde sólo se pide un reemplazamiento.

Sin embargo, si algo contribuye a la eficacia simbólica de este discurso y a su articulación con el campo de la acción social es el ir más allá de los contenidos de carácter objetivo para articular esta misma dimensión política con mecanismos motivacionales básicos de los movimientos comunitarios. Más allá de la oposición a *los políticos* en el terreno de los valores, *el pueblo* se construye en el discurso como un actor social que tiene vida, que adquiere vida precisamente en la lucha contra *la droga* a la que ya hemos aludido. Es un sujeto “real” cuyos atributos se relacionan con lo más físico, lo más instintivo, lo más inmediato: *el pueblo* siente y sufre, conoce a través de la experiencia, actúa y se pone en movimiento. Por el contrario, *los políticos* no dan pruebas de tener un comportamiento vital, se sitúan en la distancia, en la pasividad, son una estructura, una abstracción más que una presencia real.

Esta operación de articulación de la adscripción política con los mecanismos básicos de la subjetividad colectiva, constituye la cara inversa y simétrica del círculo en el que las inquietudes populares se codifican políticamente: También los contenidos políticos se reifican articulándolos con la subjetividad social. En este sentido, la definición del *pueblo* en términos de energía y dentro de la dialéctica del amo y el esclavo, o de la víctima y el verdugo resulta fundamental. A ello se dedican los siguientes apartados.

–La fuerza de la víctima como atributo del *pueblo* triunfante. Mayoría y Normalidad frente a Minorías y Desviación

Uno de los componentes de la estructura actitudinal del movimiento popular que aparece en el discurso populista-autoritario es la idea de *la fuerza de la víctima*: a partir de una carencia total de medios materiales, una escasa organización y una composición social en la que predominan mujeres, jubilados y niños, el colectivo vecinal liderado por Briceño y que en este discurso representa al *pueblo*, puede poner en jaque a las fuerzas de seguridad del Estado, a sus representantes políticos e influir definitivamente en las decisiones de éstos. Escenas del relato de las movilizaciones, como los enfrentamientos directos con la policía en la toma de las obras o las manifestaciones, ponen claramente de manifiesto esta inversión de la debilidad en fuerza a partir de la unión mayoritaria.

Unida a esta voluntad unitaria de lucha frente al poder, otros atributos del *pueblo* como el espíritu de trabajo, el tesón y la capacidad de resistencia frente a las duras condiciones de vida son otro de los secretos del triunfo vecinal, como se pone de manifiesto en las referencias a la acampada que tiene lugar en los terrenos donde se proyecta la construcción de las viviendas de realojo. Este tipo de cualidades ponen en conexión la posición de víctima en las relaciones de poder, con la condición de reducto de moralidad, en contraste con el poder simbolizado en *los políticos*, y con el mundo de *la droga*, representado por gitanos y colectivos marginados. De igual modo, desde los discursos discriminatorio y segregacionista que aparecen en los grupos de discusión realizados, los componentes de la clase media paya se describen a sí mismos en la posición de la víctima virtuosa frente al poder corrupto y la amenaza contaminante de la marginación: abnegados, honestos, trabajadores, disciplinados, respetuosos de las normas.

Ante esta percepción de que en el orden social vigente está invertida la jerarquía de las posiciones del orden moral, el relato en la prensa del conflicto de Villaverde ofrece un ejemplo concreto en el que dicho orden moral queda restaurado, y las fuerzas del bien, la justicia y la verdad triunfan y acaban imponiéndose sobre el mal. Se afirma así la idea de que el orden social está presidido y determinado finalmente por un principio moral que acaba realizándose necesariamente, a la vez que las tensiones sociales subyacentes en el discurso vecinal de la prensa y explícitas en los grupos de discusión, se resuelven en el plano imaginario a través del relato moral de la prensa. El caso de Villaverde adquiere así un valor ejemplificante, se plantea como una experiencia local que tiene que extenderse, y, sobre todo, como una demostración práctica de la posibilidad de que el débil y el oprimido venza al fuerte y al poderoso, lo que sin duda resulta un planteamiento extremadamente sugestivo para todos aquellos colectivos sociales que viven en situaciones angustiosas de precariedad o declive social.

Sin embargo, este *pueblo* que permanece subordinado por un orden injusto, y que atraviesa en su lucha todo un calvario de dificultades, sufrimientos e injusticias, acaba imponiendo su razón no sólo por su fuerza y su coraje, sino también por la propia superioridad de esta razón que se va desplegando a lo largo de la evolución de los acontecimientos y mostrando así su carácter de verdad.

Podemos apreciar así, cómo la condición de víctima no es más que una apariencia o más bien una contingencia, una situación provisional derivada del dislocamiento del orden social vigente, y cómo el sujeto popular según se define en este discurso está directamente relacionado con la idea de *mayoría* como posición dominante frente a las *minorías*, y paralelamente asimilado a la idea de *normalidad* frente a la de *desviación*. De hecho, el carácter mayoritario del colectivo vecinal liderado por Briceño, es un supuesto que se mantiene en todos los periódicos agrupados en este discurso, sin que quede claro el universo de referencia de esta posición mayoritaria, y en general se viene a identificar la idea de mayoría con la de la normalidad de los valores morales dominantes (el

repudio a la droga, la sumisión al trabajo y la ley, la aceptación de la jerarquía social, etc), a la vez que se asocia la diferencia de las minorías con el espacio de la desviación, la impureza y la degradación social.

**—El espacio de la exclusión: Marginación y desviación social.
Superposición de rechazo étnico y rechazo social**

Como puede apreciarse, la construcción de un sujeto social hegemónico a través de un discurso moral, comporta la necesidad de construir, paralelamente, un espacio social degradado que actúe como negación del mismo, como campo de oposición y contraste en el que dicho sujeto social emerja en tanto que figura diferenciada del desorden social circundante. Es decir, la afirmación de la hegemonía moral del *pueblo* no es sino la otra cara de un discurso de exclusión social. Bajo la apariencia abierta y plural del término *pueblo*, se oculta un planteamiento excluyente y rigidamente homogéneo desde el punto de vista normativo y moral.

Este espacio de la exclusión que ni siquiera goza de la condición de sujeto social, ya que se trata más bien de un magma difuso, un ámbito de desorden en el que las identidades colectivas y las individualidades se disuelven en una representación energética de la agresión, la contaminación y el mal total denominado *droga*, incluye a los colectivos marginales, los que viven en los poblados chabolistas, y especialmente a gitanos y consumidores de drogas.

Sin embargo el efecto excluyente de este discurso generador de unidad social y hegemonía moral en torno a las posiciones y la ideología de las clases medias, es algo que tiende a ser celosamente ocultado en el discurso de la prensa y también en los discursos mayoritarios entre las clases medias. Colocando al sujeto vecinal llamado *pueblo* en el lugar simbólico de la víctima, se oculta la posición de otras víctimas del sistema social como son las minorías y los excluidos en general. Es más, algunos de éstos colectivos como los gitanos, pasan directamente a ocupar un papel amenazante y peligroso, opuesto por completo a la debilidad y la situación de sometimiento de la víctima.

Todo el discurso en relación con *la droga* viene a legitimar precisamente esta distribución de roles, en los que la mayoría integrada es la víctima y las minorías excluidas pasan a ocupar el lugar del verdugo amenazante. Es curioso cómo la mera alusión a *la droga* evita cualquier explicación objetiva de los procesos de marginación, exclusión y desviación social; *la droga* funciona como un espejo ahumado que se sobrepone sobre todos estos fenómenos estructurales.

También *la droga* actúa como pantalla en relación con las actitudes sociales frente a minorías étnicas como los gitanos. En este caso, la identificación sistemática con *la droga* permitirá la construcción de un férreo estereotipo de desviación social en torno al cual se legitimará la exclusión de este grupo como producto, no de un rechazo de tipo racial, sino de un *rechazo social* moralmente orientado.

La repetición machacona con la que, tanto en la prensa como en los discursos sociales, nos encontramos con la idea de que no se rechaza a los gitanos por ser gitanos sino por ser traficantes de drogas, o que no se rechaza a los gitanos en general sino al mundo de *lo cutre*, viene a establecer la sustitución de la coartada biológica por la coartada social para la inferiorización y exclusión del colectivo de los gitanos. La negación o crítica de los planteamientos del racismo biológico actúa en el discurso como contraseña, como condición que permite, sin embargo, la afirmación y circulación de los fundamentos del racismo social. Y la prensa, que reproduce sin cuestionar esta ideología de exclusión social, contribuye a hacer políticamente presentables las actitudes de rechazo social alejándolas de lo que se reconoce como el discurso racista más estereotipado.

Este rechazo a los colectivos sociales excluidos asociados con *la droga*, en torno al cual existe un consenso bastante generalizado especialmente en el ámbito de las clases medias, se presenta unido a un concepto de la pobreza y la marginación, según el cual, ambas situaciones no son más que apariencias engañosas que encubren una realidad totalmente distinta. Según esta concepción, la pobreza es la mejor coartada para encubrir la riqueza, y los que aparentan tener menores ingresos y vivir en condiciones de mayor miseria son precisamente quienes viven con mayor holgura, disfrutan de un más alto nivel de consumo y ocultan a los demás esta solvencia, con el fin de aprovecharse de los recursos colectivos y las prestaciones asistenciales.

Frente a la concepción victimista y compasiva de la pobreza, la percepción de vivir en una sociedad en estado de guerra generalizada da lugar a que vaya imponiéndose una visión criminalizadora, según la cual, los pobres serían los mayores expertos en la astucia y el engaño, una especie de conocedores de las debilidades mayoritarias y de los resquicios del orden, siempre alerta para aprovecharlos en su favor, haciendo un uso constante del abuso, la agresión y la violencia.

En general muchos de los rasgos psicológicos, sociales y económicos con los que se representa a los sectores excluidos de la sociedad muestran una gran proximidad a las ideas de la competencia salvaje y el individualismo desaforado y sin reservas, la falta de respeto total por los valores de la solidaridad y las necesidades colectivas. Parece pues, que en un momento de revitalización de los mecanismos del mercado libre y de debilitamiento de las relaciones sociales comunitarias, es precisamente hacia los sectores más hundidos en la estructura social hacia donde se dirige o más bien se desplaza la crítica. En ellos se representa de forma condensada al arquetipo negativo de los valores dominantes en la economía y en la organización de la sociedad a gran escala.

Aún cuando es evidente la hegemonía creciente de esta concepción criminalizadora de la pobreza, y aparece insistentemente en los discursos sociales y en la representación de éstos en la prensa; la visión caritativa y compasiva permanece como cobertura formal que viene a legitimar y a hacer más presentables las ideologías de la exclusión y las actitudes de rechazo social.

Especialmente en la prensa y también en los discursos sociales, todas las expresiones del rechazo social hacia los gitanos vienen precedidas y encubiertas por una afirmación normativa del respeto a las diferencias y de la obligación moral de prestar ayuda a los pobres, y de diferenciar entre ellos a los delincuentes de los que viven honradamente, en lugar de atribuirles indiscriminadamente un comportamiento delictivo. La división Pobres/Delincuentes vendrá a marcar así distinciones de culpabilidad en el complejo y difuso mundo de los excluidos, y a demarcar los límites legítimos de la tolerancia de la sociedad mayoritaria en relación con éstos.

En correspondencia con esta doble lógica, en la que, por una parte, se establecen los fundamentos de un discurso riguroso de exclusión de los segmentos más bajos de la sociedad –y entre ellos particularmente de la minoría gitana–, y por otro lado, se ocultan dichos fundamentos en una capa retórica de tolerancia y caridad hacia los más necesitados, y en una denegación de las actitudes discriminatorias relacionadas con variables de tipo racial; se establecerá también un patrón de relaciones interétnicas entre payos y gitanos también caracterizado por la dualidad y la paradoja. La afirmación conjunta de la integración y la exclusión es la salida para las actuales tensiones sociales entre ambos grupos, la integración como muestra de la teórica actitud de tolerancia existente en la sociedad mayoritaria, la exclusión como límite de dicha tolerancia. Más en concreto, la integración se plantea como una oferta para todos aquellos que acepten en bloque las normas y las instituciones de la sociedad mayoritaria partiendo de los lugares más subordinados, y la exclusión para todos aquellos cuya pobreza y marginación solamente es una máscara de su situación privilegiada en relación con la mayoría, y que viven en el mundo de *la droga* y la delincuencia.

La frontera entre ambos tipos de estrategias y ambos tipos de colectivos está muy lejos de ser clara, y más que responder a hechos objetivos parece más bien expresar la ambivalencia de las actitudes de la sociedad mayoritaria hacia los grupos sometidos. En último extremo los planteamientos de la integración quedan en este discurso bastante restringidos, y en definitiva, sólo se dejan abiertos los cauces de la integración individualista a través de una institución como la pequeña empresa, que haga innecesaria la participación activa de la sociedad mayoritaria y que mantenga inamovibles las posiciones respectivas en el actual marco de relaciones sociales.

2. EL DECLIVE Y LA ESCASA REPRESENTACION SOCIAL DE LOS DISCURSOS DE LA INTEGRACION: EL DISCURSO ASISTENCIAL DE LA PRENSA Y LOS DISCURSOS SOCIALES DE LA INTEGRACION

Como ya se expresa en la enunciación de este apartado, el campo ideológico de la Integración es un campo minoritario y de escasa repercusión tanto en lo que se refiere a los discursos periodísticos analizados como en lo que se refiere a los discursos que circulan en el conjunto de la estructura social.

Dicho campo ideológico está representado en la prensa exclusivamente por el diario *El Sol*, desaparecido poco después de la finalización del conflicto analizado, y por lo que hemos denominado como “El planteamiento educativo” en el campo de los discursos sociales, localizado en una estrecha franja de las clases medias funcionales, especialmente entre las profesionales de la educación, la sanidad y los servicios sociales. A este carácter minoritario, se une una debilidad comunicacional que se deriva precisamente del hecho de ser un discurso en crisis, en lo que se refiere a su propia coherencia interna y a su capacidad de articularse con la realidad y la práctica social.

Hay varias cuestiones que tanto el discurso asistencial de *El Sol* como el discurso social de la Integración, presentan como explicaciones centrales o diagnósticos de los actuales conflictos sociales; *El Sol* refiriéndose en concreto al conflicto de Villaverde, el discurso de la Integración tomando como referente el marco más global e indefinido de las relaciones sociales en su conjunto:

-Una visión normativa y abstracta de los conflictos y las relaciones sociales

Se trata en ambos casos de discursos normativos en los que los conflictos sociales no son tanto objeto de análisis como síntoma de una subjetividad colectiva desviada que es necesario corregir. El concepto de raza y de odio racial como fundamento último de los enfrentamientos sociales, viene a colocar la dimensión afectiva e irracional en el centro de las explicaciones, y a evacuar de éstas las determinaciones de carácter objetivo, social, político, económico, que probablemente se actualizan en el código de la racialización. Esto es evidente en la interpretación que presenta el diario *El Sol* del conflicto de Villaverde, y más en concreto en la descripción que realiza del sujeto “vecinos” como agente de la reacción racista. Este colectivo, que se describe poniendo de relieve una estructura actitudinal en la que destacan la utilización de la violencia y el abuso de la fuerza para la defensa de intereses particulares e insolidarios, y el autoritarismo como base estructurante de las relaciones entre el líder carismático y la base; carece de toda credibilidad en cuanto a la objetividad y autenticidad de sus reivindicaciones.

La droga como motivación explícita de la protesta es sólo una forma de enmascarar lo que se considera como el verdadero impulso de la misma: el odio ancestral y permanente de los payos hacia los gitanos. Desde este discurso, los conflictos raciales tienen una dinámica propia e independiente de los conflictos sociales, lo racial no es una forma de representación condensada de las contradicciones sociales y culturales, sino su origen mismo, que tiende a ser incesantemente encubierto por unas u otras racionalizaciones que se van sucediendo en el tiempo, carentes de toda referenciabilidad sobre los problemas reales de las relaciones entre los grupos raciales.

En el campo de los discursos sociales encontramos reflejados este tipo de planteamientos en las amonestaciones que, desde los sectores sociales que se posicionan dentro de este discurso, se dirigen hacia aquellos otros que manifiestan y desarrollan las tensiones que viven en su relación con los gitanos, y en la consideración de las actitudes racistas como un fenómeno subjetivo desviado, ligado exclusivamente al ámbito de los sentimientos negativos y de las creencias erróneas.

Frente a las afirmaciones que tienden a considerar el racismo como un síntoma social generalizado, reflejo de la insolidaridad y la incompetencia que se da en la actualidad entre todos los individuos y en todas las clases sociales, desde este punto de vista, el racismo es sólo una actitud repudiable de algunos, de los menos instruidos, de los más egoístas. En este sentido, en el relato del conflicto de Villaverde, *El Sol* nos presenta un *alter ego* del colectivo vecinal agrupado en torno a Briceño, que se caracterizará como un colectivo solidario, vertebrado en asociaciones de tradición luchadora y reivindicativa por los intereses colectivos del barrio, que está verdaderamente en contra de la droga y de la marginación social y desarrolla iniciativas en este sentido, en coordinación con otras entidades y agentes sociales progresistas como los sindicatos y ONGs, que apoya el realojamiento y la integración social de la población gitana, y que constituye, en definitiva, una demostración de la clara separación existente entre los movimientos sociales y los movimientos racistas.

Paralelamente, en el campo de los discursos sociales de la integración, se tenderá a trazar una clara división entre la gente que no es racista y que está en contra del racismo, y la gente que sí lo es, en función de las afirmaciones y manifestaciones explícitas en uno u otro sentido, y sobre todo, en función de la mayor o menor predisposición a establecer contactos personales individuales con personas de otras razas o culturas.

—La atribución a la Administración de un papel armonizador y reconciliatorio con respecto a las tensiones primarias e irracionales que se asientan en la sociedad

Dentro de esta concepción del racismo que acabamos de exponer, se tiende a establecer una separación e incluso un cierto enfrentamiento entre el papel desempeñado por la Administración como principal agente de la corrección de

las actitudes racistas, y el desempeñado por *la sociedad*, como productora de las mismas. Parece tratarse de una teoría hobbesiana en la que el Estado es el generador y garante de la paz social, que a la vez queda sustraído de todo ejercicio de violencia en el campo de las relaciones sociales. Mientras que residen y brotan espontáneamente en la sociedad, las tendencias irracionales y mortíferas del odio racial y la violencia.

Dicha concepción del papel de la Administración, queda claramente ejemplificada en la valoración positiva y la función negociadora y consensuadora que se le atribuye en el conflicto de Villaverde, y sobre todo, en la función integradora que se reconoce, especialmente, a algunos de sus organismos como el Consorcio para el Realojamiento de la Población Marginada, desde el discurso asistencial de *El Sol*. En el campo de los discursos sociales, se tenderá a exaltar este papel integrador de la acción institucional que se desempeña especialmente a través de la escuela y también a través de los servicios sociales, y a señalar el enorme esfuerzo que se realiza en este sentido para vencer no sólo los obstáculos que presenta la sociedad mayoritaria, sino las resistencias que suelen presentar los propios grupos excluidos.

-Una concepción de la marginación como un fenómeno acotado, aislado y periférico, personificada en los grupos excluidos, y desconectada del funcionamiento estructural del sistema social

Esta es quizá la premisa central sobre la que se elaboran las teorías sociales de la Integración: La marginación se genera en la periferia del sistema y no en el centro del mismo. Son los grupos minoritarios el punto de partida de la misma y no las instituciones, los núcleos de poder y la sociedad mayoritaria. Se debe fundamentalmente a un déficit en cuanto a la educación y el aprendizaje de las normas sociales, y se deriva más de una actitud de autoapartamiento de los grupos minoritarios, que de la acción excluyente de las estructuras económicas y sociales que rigen el funcionamiento de la sociedad.

De la mano de este planteamiento de la marginación, se elabora una concepción de la tarea de la Integración social con una orientación claramente moralista y paternalista, en la que los grupos excluidos son vistos como un resto de atraso y degradación frente al pujante y avanzado sistema social mayoritario, y resultan infantilizados y convertidos en objeto de educación. La integración es, desde este punto de vista, una concesión y/o una oportunidad de mejorar, que se les otorga a estos grupos sumidos en el atraso y la miseria, desde la sociedad mayoritaria, y que deben merecer.

En la prensa, esta concepción se refleja en el papel que se otorga a los gitanos en el conflicto de Villaverde. Por una parte, se establece como un hecho la rectitud de su comportamiento social, de la que se deriva su aptitud y su derecho a la integración social. La prueba fundamental que se aporta para ilustrar esta capacidad de integración, es el carácter minoritario de la dedicación al tráfico de drogas, y la voluntad de los representantes gitanos

de acabar con esta actividad. Se considera, por otra parte, que son ellos los que mejor pueden erradicar el tráfico de drogas en los poblados chabolistas, utilizando sus sistemas de autoridad y disciplina. Y se establece, en tercer lugar, la realización de este tipo de acciones como una obligación a cumplir por parte de los propios gitanos, como requisito previo para obtener la concesión de una vivienda de realojamiento, y en general el derecho a la integración en la sociedad mayoritaria.

En todo este planteamiento subyace una visión del tráfico de drogas como una forma de inadaptación social y de degradación moral, como una forma de desviación social a corregir, en la que también coinciden prensa y discursos sociales. *La droga* como arquetipo de la negatividad y la desviación social, se contrapondría con la lucha contra *la droga* como representación de la normalidad social, y en este último terreno, es donde el discurso asistencialista sitúa un frente común en el que se unirían gitanos (asimilados preferentemente al comportamiento autoritario de los “patriarcas” y su aplicación tajante de la ley contra la droga), los vecinos progresistas que están a favor de los realojamientos, y la Administración que lucha por los realojos y está también en contra de *la droga*.

En el ámbito de los discursos sociales de la Integración, la contribución que se exige a los gitanos para obtener la integración social es precisamente la asunción de la obligación de ir a la escuela y la adaptación a sus normas de funcionamiento, tanto por parte de niños como de adultos. El tema específico del tráfico de drogas queda sin abordar, ya que al primarse exclusivamente la dimensión moral de la marginación y obviarse las determinaciones económicas que operan en la relación entre marginación y tráfico de drogas, la droga sólo se plantea haciendo una alusión compasiva a la práctica del consumo, entendida ésta como una forma individual de inadaptación social.

Además de esto, las referencias a los gitanos se hacen exclusivamente desde la óptica de la integración –ya sea afirmándola como necesidad, ya sea afirmándola como obligación–, y olvidan por completo los aspectos de la Diferencia o la particular visión del mundo de los gitanos. Se nos habla de la oposición de los gitanos al tráfico de drogas y de la autoridad de los patriarcas, además de algunas otras iniciativas de integración social como las cooperativas, los cursos de formación, etc. Por otra parte, la miseria y la pobreza en la que transcurre la vida en los poblados chabolistas, son los aspectos que tienden a destacarse con preferencia en los últimos momentos del relato del conflicto de Villaverde, cuando ya ha fracasado la realización de los realojamientos.

Todas estas confluencias muestran la proximidad ideológica existente entre el discurso asistencial de “El Sol” y algunos sectores muy reducidos de las clases medias que como ya apuntábamos en un principio, tienden a corresponderse específicamente con los colectivos profesionales de la educación, la sanidad y los servicios sociales. Se trata pues de un discurso minoritario en cuanto a su circulación social, pero es además un discurso en crisis, cuyo

desarrollo tanto en la prensa como en la estructura social, se ve bloqueado por la emergencia de contradicciones.

La propia afirmación del liderazgo institucional en la integración social de los colectivos excluidos, se ve denegada en los grupos sociales a través de la percepción del desbordamiento, la ineficacia y la incapacidad de adaptarse a las necesidades de los marginados por parte de las instituciones. Por otra parte, en la prensa, la quiebra de los planteamientos de política social mantenidos hasta el momento como una función básica de la Administración, la crisis de las instituciones dedicadas a la aplicación de la misma (Consortio para el Realojamiento de la Población Marginada), y la opción institucional por una alianza con los vecinos que representan las posturas de la intolerancia, el autoritarismo y la exclusión, pondrán de manifiesto las contradicciones y la inconsistencia práctica a la que se ve abocado este discurso tras el conflicto de Villaverde.

En definitiva, queda deslegitimado el planteamiento retributivo de la integración de los gitanos. La cadena argumental según la cual, al abandono del tráfico de drogas corresponde la recompensa de la integración, no se cierra en este conflicto en el que las iniciativas gitanas en este sentido no han obtenido el resultado previsible, y de nuevo quedan en el aire las eternas promesas incumplidas para los gitanos. La obligación que se formula a los gitanos para que normalicen su comportamiento se ve también desprovista de fundamento, en una situación en la que más bien se demuestra que las únicas salidas posibles para este colectivo, son aquellas formas de supervivencia que puedan inventarse desde dentro y sin contar con ningún apoyo por parte de la sociedad mayoritaria y sus instituciones.

Esta inconsistencia del discurso en relación con el plano de los acontecimientos, reduce además claramente su capacidad de circulación en el ámbito social. De hecho, en las dinámicas de discusión de los grupos realizados se observa que los planteamientos de la integración tienen un escaso y muy escueto desarrollo, ya que en la situación dialógica, se muestran claramente como discursos débiles que quedan completamente aplastados por la contundencia y el realismo con el que se expresan los discursos de conflicto. Los propios sectores sociales portadores de este discurso se tropiezan con la evidencia de las disfuncionalidades de los mecanismos de integración, y la hegemonía y el crecimiento actual de las tendencias a la exclusión social. En definitiva, no es sólo un discurso minoritario sino que se puede decir que es un discurso sin receptor, carente de referenciabilidad en el plano de los contenidos, e incapaz de evocar y conectar con los sentimientos y las emociones que predominan en una población mayoritariamente sumida en un clima de conflictividad social generalizada.

3. UN AMBIGUO ANTI-RACISMO: EL DISCURSO INSTITUCIONAL DE LA PRENSA Y LOS DISCURSOS ELITISTAS DE LA DIFERENCIA CULTURAL

No son muy relevantes las diferencias existentes entre el discurso institucional de *El País* y el discurso asistencial desarrollado por el diario *El Sol*. En muchos puntos de su estructura ideológica son discursos coincidentes o diferenciados solamente por cuestiones de matiz, y por otro lado, en cuanto a sus efectos sociales, son en ambos casos discursos minoritarios, que tienden a establecer comunicación preferentemente con los sectores más acomodados e ilustrados de las clases medias, y a producir efectos de consenso y de pacificación de los conflictos sociales, en favor de la estabilidad y la legitimación del funcionamiento de las instituciones.

--La función autoritaria de las instituciones frente al desorden y la violencia social

En cuanto al papel de las instituciones, al igual que se observa en el discurso asistencial de "El Sol", se mantiene la concepción fundamental de que las tendencias y las actitudes racistas residen en la sociedad; mientras que corresponde a las instituciones --que tienen una posición neutral con respecto a los conflictos sociales y/o raciales-- el papel de pacificar y armonizar dichas tensiones. Esta idea se recoge incluso textualmente en declaraciones de Joaquín Leguina, en los primeros momentos del conflicto de Villaverde, en las que afirma que la xenofobia es un producto de la sociedad y no de las instituciones.

Pero, a diferencia del discurso asistencial, que pone un mayor énfasis en el papel activo de las instituciones en el desarrollo de programas de integración social de las minorías excluidas, representado en este caso por el Consorcio para el Realojamiento de la Población Marginada, en este discurso institucional, se va a insistir preferentemente en el papel de arbitraje de la Administración, e incluso, como se ve en el análisis de prensa, en la aplicación de un principio de autoridad por parte de las instituciones sobre las masas descontroladas y violentas, que va ganando terreno a lo largo del desarrollo de la gestión del conflicto, y que representan figuras como Leguina y sobre todo Corcuera. La integración social queda en un segundo plano como función de las instituciones, y se ve claramente suplantada por la prioridad del ejercicio de la autoridad y la garantía del orden social, a través de la aplicación de la misma, frente a las tensiones y conflictos que pueden surgir en el seno de la sociedad.

El ejercicio de la autoridad como función prioritaria a desarrollar por las instituciones, se va a presentar como una salida no sólo frente al problema de la violencia social, que se pone en marcha con la extensión de las patrullas vecinales en contra de la droga, sino también frente al mismo problema de la droga, que comienza a ser afrontado desde planteamientos puramente

represivos, y en concreto, a través de una ampliación de las competencias de actuación de la policía sobre la sociedad, que se reflejan en la propuesta de ley de Seguridad Ciudadana.

También desde la perspectiva de los discursos sociales de la diferencia cultural, se mantiene esta idea del racismo como perversión social aparentemente desconectada de motivaciones de carácter objetivo y de situaciones de desigualdad social, cuyo origen está en una forma de desviación de la psicología colectiva, que se da preferentemente en los estratos más bajos de la sociedad, donde hay una mayor incultura y las masas son más fácilmente manipulables por líderes que saben explotar el malestar social. Desde esta misma perspectiva, se confía también en el papel de arbitraje de las instituciones en el ámbito de los conflictos sociales, y en concreto, en lo referente al tema del racismo, se considera que la actuación institucional es correcta y pertinente, y que va avanzando hacia una mayor adecuación a las situaciones reales que se están planteando en nuestro país, a raíz del notable crecimiento reciente de la inmigración de carácter laboral.

-Una estrategia comunicacional polivalente: La mediación en los conflictos sociales que se dan en el interior de las clases medias, y entre éstas y las instituciones

Frente a la estabilidad y la unilateralidad de la defensa del papel jugado por las instituciones en los conflictos sociales, y concretamente, en este caso, en el conflicto de Villaverde, lo que caracteriza al discurso institucional en lo referente al análisis de los conflictos sociales mismos, es el mantenimiento de una ambigüedad que, si bien da lugar a posicionamientos contradictorios, permite, sin embargo, la captación de un apoyo social diverso y extendido entre los diferentes sectores de la estructura social, aún cuando éstos se encuentren enfrentados ideológicamente entre sí, o confrontados en un conflicto con las instituciones políticas, que constituyen el principal sujeto de enunciación de este discurso.

En efecto, si la discusión sobre el racismo evidencia la contraposición ideológica y la tensión existente entre los estratos más altos y más bajos de las clases medias, expresada en la crítica a la intolerancia social por parte de los primeros, y en la denuncia de los conflictos de convivencia por parte de los segundos; desde el discurso institucional se desarrolla una concepción crítica y abstracta del racismo, en la que éste se asimila como un fenómeno social de violencia irracional que se encuentra en crecimiento en la sociedad europea, y a la vez, se apoyan las posturas de aquellos colectivos ciudadanos que se proclaman no racistas, y que reivindican la erradicación de los poblados chabolistas gitanos cercanos a sus barrios, en nombre de una movilización social en contra de *la droga*.

En el caso concreto del conflicto de Villaverde, a diferencia de la interpretación puramente racista que se ofrece desde el discurso asistencial, desde este

discurso institucional se tenderá a matizar la fuerza de esta afirmación, y a reconocer en algunos momentos la problemática social por la que se ven afectados los vecinos liderados por Briceño, y que se expresa a través del significante de *la droga*.

La sucesión de interpretaciones contradictorias a lo largo del desarrollo de dicho conflicto parece uno de los rasgos centrales del discurso institucional. En un principio, se tiende a establecer una división entre los sectores racistas y violentos del movimiento vecinal (los liderados por Briceño), y aquellos otros vecinos “no-racistas”, que quieren resolver los problemas sociales sin acudir a la violencia y por los cauces de la negociación, y se tiende también a establecer una vinculación entre este último colectivo vecinal y sus iniciativas, con las posturas representadas por la Administración, y fundamentalmente por Leguina. Más adelante, las mismas posturas de la Administración y la misma figura de Leguina, tenderán a una mayor aproximación hacia los vecinos liderados por Briceño a través de la firma de acuerdos, e incluso a través de declaraciones que vienen a evidenciar una toma de postura con respecto al tema de la droga, en la que se señala la prioridad de la persecución de los signos de riqueza de los chabolistas.

Es evidente que a través de esta posición basada en la contradicción y la ambigüedad, lo que se pretende es el establecimiento de una estrategia comunicacional que en lugar de basarse en la pura afirmación normativa, que se evidenciaba en los discursos de la integración, agrupe el espectro más amplio posible de apoyos sociales. A través de la alternancia entre la defensa formal de las demandas en cuanto a la persecución del tráfico de drogas, expresadas por las clases bajas y por los sectores más deprimidos de las clases medias, y la crítica simultánea de las posturas racistas de estos mismos sectores, que supone un acercamiento a las capas más altas de las clases medias y a sus discursos elitistas; se intentan desactivar ideológicamente los conflictos existentes entre ambos sectores y conseguir la identificación de todos ellos con las instituciones, especialmente con aquellas que están gobernadas por el PSOE.

Es así como se entiende la asunción e incluso la defensa de las reivindicaciones contra la droga de los vecinos liderados por Briceño en aquellos momentos del conflicto de Villaverde en los que los enfrentamientos no están en su máximo apogeo, la presentación de este movimiento vecinal como un movimiento ciudadano legítimo que lucha por unas reivindicaciones justas, y la paralela representación de los poblados chabolistas como núcleos de suciedad, degradación y tráfico de drogas.

De igual modo, en el terreno de los discursos sociales, los posicionamientos dentro de lo que hemos denominado como “discursos elitistas de la diferencia cultural” y que se dan fundamentalmente entre los estratos más altos de las clases medias, se tiende a hacer una crítica nominal de los planteamientos racistas que se consideran sustentados desde posiciones sociales más bajas, a la vez que se da un mutismo total en lo que se refiere a los problemas de integración social de los gitanos, o se apoyan directamente gran parte de los

contenidos pragmáticos del discurso discriminatorio con respecto a los gitanos, especialmente en lo que se refiere a la necesidad de una adaptación del colectivo gitano a las instituciones de la sociedad mayoritaria, el recorte de las políticas de integración social y el incremento de las medidas de control policial sobre los poblados chabolistas.

Como discurso eminentemente consensuador, no tiende tanto a la expresión, representación y legitimación de las motivaciones de uno de los actores sociales en conflicto, como a establecer canales formales de convergencia entre todos ellos. De este modo el rechazo y la lucha contra *la droga*, se establecen como principios comunes que articulan las preocupaciones y los miedos de diversos sectores de la sociedad, y la crítica a los estratos más bajos por su comportamiento racista se convierte en una crítica, no de los contenidos de sus protestas, sino de las formas con las que éstas se desarrollan. La crítica al racismo no es una crítica a la ideología de la exclusión social, sino que es tan sólo una crítica a la utilización de formas y métodos violentos en las protestas contra *la droga*, que por otro lado, se presumen sostenidas en los mismos términos de forma universal. En este sentido apuntan también los argumentos desarrollados desde el discurso de la diferencia cultural mantenido desde las clases medias acomodadas, según los cuales la distinción existente entre “racismo” e “incomodidad cultural” sitúa precisamente en el recurso a la violencia, el límite de la legitimidad de los discursos discriminatorio y segregacionista.

Se trata en definitiva de contener la violencia que ha empezado a estallar en el ámbito de las clases bajas y de los barrios periféricos, de pacificar el conflicto surgido entre dichas clases bajas y las instituciones en torno a la desigual distribución de los recursos públicos y el abandono político de las zonas periféricas del Sur, ligando dichas instituciones, y específicamente las del gobierno regional, a una representación de los intereses de la clase trabajadora no-racista. Para ello se recurre a una estrategia combinada de apoyo y crítica: se apoyan los contenidos de la lucha contra *la droga* y a la vez se critican los procedimientos con los que ésta se expresa.

Sin embargo, el propio carácter instrumental y no expresivo de este discurso, a la vez que las contradicciones ideológicas que se evidencian en su desarrollo, serán los principales puntos débiles en cuanto a su circulación y sus efectos sociales. La estrategia de búsqueda de apoyos sociales en extensión se revelará finalmente como una estrategia débil y difusa, incapaz de persuadir de forma efectiva a ninguno de los actores sociales en conflicto. Por otra parte, las interpelaciones y el apoyo formal a las clases bajas que se rebelan contra *la droga*, resultan excesivamente frías y fragmentarias frente a las que se elaboran, por ejemplo, desde el discurso populista-autoritario. En este último discurso, la recreación del actor social *pueblo* es la base que da consistencia a todo el relato del conflicto de Villaverde. No sólo se legitima ideológicamente la lucha contra *la droga*, sino que se atribuyen a la misma una serie de atributos de carácter emotivo que vienen a consolidar las formas de identificación colectiva básica que subyacen en todo movimiento social.

Por otro lado, la crítica al racismo ni se traduce en una defensa clara y decidida de la integración social de los gitanos, ni es mantenida como una postura política e ideológica sólida y consistente. Más bien, al contrario, se puede observar cómo de la contraposición inicial mantenida entre las posturas del PSOE y del PP en relación con el conflicto de Villaverde, y en general con el problema del chabolismo, se va pasando a una confluencia final, sobre la base del condicionamiento de los realojamientos a la inexistencia de antecedentes penales y a la no dedicación a la venta de drogas. Con todo ello, el discurso institucional se muestra como un discurso fundamentalmente destinado a mantener el orden y la hegemonía política vigentes, pero que se encuentra en declive y en medio de un claro proceso de deslegitimación. Su credibilidad cae a la vez que caen las instituciones que pretende defender, frente a la ascensión de un movimiento pretendidamente “popular” de crítica social que lo desborda.

En definitiva, a pesar de su diferente estructura y funcionamiento, se puede observar que existe un amplio ámbito de confluencia formal entre los discursos ideológicos de la prensa, y entre éstos y los que circulan en los diferentes sectores de la estructura social. En términos generales, podríamos señalar como núcleos ideológicos de confluencia los siguientes:

- La explicación de los conflictos sociales en función de causas subjetivas y equiparables a la intencionalidad individual o la suma de intencionalidades individuales. Ya sea *la droga* como mito y metáfora de destrucción de la vida social, ya sea el odio racial entendido de modo instintivo y primario, en ambos casos se trata de fenómenos carentes de determinaciones objetivas y que se sitúan al margen de la historia, de las decisiones políticas y económicas que han afectado a los sujetos y los colectivos envueltos en los conflictos.
- La separación entre Política y Sociedad, entre políticos y ciudadanos, o entre las instituciones y la calle. Desde diferentes puntos de vista, el ámbito de la política o su personificación en *los políticos* se concibe como un ámbito ajeno y externo a las luchas y los conflictos sociales, y cerrado por completo a la participación de los ciudadanos. Ya sea atribuyendo a *los políticos* toda la culpabilidad dentro de la lógica intencional de los conflictos sociales, como se hace desde el discurso autoritario, ya sea atribuyéndoles un papel exclusivamente de árbitros y mediadores entre la sociedad enfrentada, como se hace desde los discursos asistencial e institucional; en ningún caso se pone en conexión la intervención política con la situación socio-económica y urbanística de la zona sur de Madrid y con los conflictos sociales surgidos.
- La concepción de la marginación como un fenómeno residual y externo al sistema. De nuevo dentro de la lógica de la intencionalidad, la marginación sería un resultado del comportamiento individual de los marginados.

Asociada a *la droga*, existe también un consenso en la consideración de la marginación como un estado de degradación moral. En algunos casos los marginados son vistos como culpables y agresivos (discurso autoritario) en otros como víctimas pasivas y carentes de aprendizaje social (discurso asistencial e institucional). A su vez, la lucha contra *la droga* es un síntoma de normalidad social y el discurso de exclusión social soportado y legitimado sobre la noción de droga es algo compartido en todas las tendencias de prensa, con la sola diferencia de la crítica a las "formas" o al recurso a la violencia que aparece en los discursos de corte institucional.

Sin embargo, junto a esta confluencia formal, existen también algunas distancias entre los discursos de la prensa, y existe por otro lado un vacío insalvable entre éstos como discursos ideológicos retóricos o instrumentales, y el plano de los discursos sociales básicos. Por una parte, una diferencia esencial que separa al discurso populista-autoritario del resto de los discursos de la prensa, es que se apoya en los poderes políticos emergentes, que están ganando terreno en la sociedad a partir del descrédito de los actuales, a diferencia de los discursos asistencial e institucional que se apoyan en el poder decadente del actual gobierno, e intentan inútilmente un restablecimiento de su legitimidad y una recomposición de su fuertemente erosionada relación con la base social, como muestra la propia irrupción del conflicto analizado.

Por otro lado, más allá de las faltas de adecuación entre emisor y receptor que hemos señalado en el caso de los discursos asistencial e institucional, aún en el caso del discurso populista-autoritario que parece establecer una comunicación eficiente con la base social, hay determinados perfiles de las inquietudes de ésta que permanecen silenciadas en el discurso. En el proceso circular de codificación política de las inquietudes populares y de reificación de los contenidos políticos del discurso, a la luz de la estructura motivacional colectiva, queda un resto no absorbido en la simplificación que supone el concepto moral de *pueblo* al que nos hemos referido.

Frente a la homogeneidad ideológica de fondo de los discursos formales de la prensa, y el carácter absoluto de las contraposiciones propias de un discurso moral, las ideologías sociales se muestran mucho más desestructuradas, plurales y ambiguas. Si bien *la droga* se yergue como mito central e incuestionable, que reduce las tensiones que se evidencian en la estructura social a una protesta en demanda de seguridad ciudadana; lo que se descubre en el análisis de los grupos de discusión es que, al rededor de *la droga* no hay sólo un problema de seguridad ciudadana, sino una serie de desórdenes en cuanto a los sistemas de jerarquía y en los procesos de movilidad social, los valores del trabajo y el consumo, el acceso a los recursos públicos, etc.

En definitiva se trata de un conflicto multidimensional en cuanto a los objetos de confrontación y también en cuanto a los sujetos sociales implicados. Procesos objetivos relacionados con el deterioro ambiental, la fragmentación

social, el paro, la violencia y el declive económico de los barrios periféricos del sur, y hechos y valores subjetivos como el miedo, la inseguridad, y la interpretación de los procesos sociales en términos biológicos de enfermedad, contagio y muerte, convergen en una movilización que se dice contra *la droga*.

Por otro lado, en cuanto a los sujetos de confrontación, se trata de un conflicto interclasista en el que aparecen tensiones en el interior de las clases medias, entre las clases bajas y las clases altas, y entre los diferentes estratos sociales y el Estado. Como se pone de manifiesto en el análisis de las posiciones ideológicas de los diferentes sectores de la estructura social, en el rechazo a *la droga* convergen una pluralidad de intereses diferentes correspondientes a diferentes posiciones sociales relativas, y que expresan a través de ese término metafórico, objetos de conflicto diferenciados.

Toda esta complejidad es, sin embargo, reducida en la prensa a una interpretación de la protesta contra la droga como una demanda de reforzamiento de los dispositivos de seguridad del Estado, destinada a contener el avance imparable de una amenaza difusa en la que se entremezclan los peligros de la exclusión social y la muerte biológica, a la vez que se establece un parentesco político entre dicha protesta y la opción partidista del PP.

Hay una simplificación, pues, en lo relativo a la complejidad y la multidimensionalidad del conflicto, en lo que podríamos considerar como su geografía. Pero la simplificación afecta también al plano ideológico mismo. Como hemos mostrado, se acaba imponiendo un discurso discriminatorio fuertemente centrado en los valores del individualismo posesivo y la competencia social, propios de las clases medias. En este discurso, que se pretende generalizado como expresión del *pueblo*, se han excluido todos aquellos aspectos que introducen un cuestionamiento del orden político y económico más allá de la animadversión hacia *los políticos*, expresados por los sectores de las clases bajas que más de cerca viven la experiencia de la droga: la implicación de las clases altas en el negocio de la droga, la implicación y la corrupción de la policía, la explotación de los jóvenes y de las clases bajas a través del negocio de la droga, etc.

Dentro de este discurso dominante en la prensa, están inscritas las claves de su extensión: la propia representación del espacio de la marginalidad como un ámbito de peligro y degeneración que tiende a la extensión por el resto del espacio social, se constituye en una alarma par atodos los sectores sociales en procesos de descenso social o vulnerables a los mismos, que reciben así la llamada a la entrada en el mecanismo social de la competencia individualista salvaje como una voz que les dice: o lucháis contra los otros por un pequeño espacio de dignidad en el estrecho ámbito de la integración social, o caeréis en el abismo de la marginación. No existe un territorio ajeno a esta lucha, en el pueda reconstruirse lo social, en el que pueda desarrollarse otro pensamiento.

Por último, junto a las simplificaciones de la complejidad social e ideológica que contiene el conflicto analizado, en el tratamiento del mismo a través del discurso de la prensa, se produce una tercera simplificación que atañe a

la propia representación y los sentimientos hacia los gitanos en el pensamiento y las actitudes de la sociedad mayoritaria. Como se ha podido ver en el análisis de los grupos de discusión, las representaciones de los gitanos en la sociedad mayoritaria distan mucho de ser un terreno diáfano y unívoco. Tras el silencio y los reparos iniciales, suelen aparecer representaciones ambivalentes atravesadas de sentimientos intensos y contradictorios. En los gitanos se hace confluír la riqueza y la miseria, la elegancia y el descuido, la limpieza y la suciedad, el orden y la autoridad familiar con el desorden, el caos social y el desprecio a las instituciones, la sumisión y la arrogancia, la libertad y el parasitismo. Los gitanos constituyen así un espacio social ajeno al propio, que actúa a veces como el reverso de éste, bien como una idealización positiva, donde se encarnan todos aquellos deseos a los que no se da cabida en una vida cotidiana dominada por la seguridad y las expectativas de ascenso social, bien como una idealización negativa en la que toman vida los miedos profundos contenidos también en los vértices de la propia experiencia: el miedo a caer, el miedo a enfermar, el miedo a perder la identidad y la posición social, el miedo a morir. La envidia y el recelo, la admiración y el desprecio, la atracción y el miedo, todo este complejo cúmulo de sentimientos ambivalentes queda aplastado en el discurso arrasador de *la droga*, a través del que se pretende negar toda esta intensa complejidad, e invertir en miedo y agresividad la atracción y los deseos de aproximación, y así, desplazando cada vez más a los gitanos, intentar desplazar el propio miedo a la libertad, a la miseria, la enfermedad y la muerte.